

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

El liberalismo perverso

El presidente Reagan ha calificado al sr. Dukakis de liberal peligroso. Creo que la frase no ha sido debidamente explotada. Ahí, en esa acusación, está comprendida una realidad histórica a la que muy pocos analistas han prestado atención: la muerte del liberalismo. Más todavía, la conversión del liberalismo en una doctrina perversa que se opone a las grandes y triunfantes regresiones, en materia de sexo, de religión, de orden público, de paz. Estas regresiones constituyen, a los efectos de su adecuada consideración, y en frase del mismo sr. Reagan, «una cruzada por el futuro de América». Quienes crean que la guerra civil española debe ser considerada como la última cruzada comprobarán que se equivocan.

Lo curioso es que la muerte del liberalismo se proclama esgrimando la bandera del neoliberalismo. Reagan es, dice serlo, un neoliberal. La política Friedman lo sienta así en el terreno económico. Sin embargo conviene examinar por qué el presidente americano pretende descalificar al sr. Dukakis acusándolo de liberal si él, el presidente, se complace en retratarse como un neoliberal. La cuestión se presenta singularmente paradójica si atendemos al valor facial de los conceptos, pero resulta sencilla de desmadejar si entramos un poco a fondo siguiendo por el verdadero sentido de esos conceptos.

Soy de los que creo que no existe el neoliberalismo. Más aún, soy de los que cavilo que las grandes doctrinas que han definido una cultura o un período significativo de la historia no han tenido jamás procesos resurreccionales, neoformulaciones. Hay, claro es, tramos de confusión entre la situación a extinguir y la propuesta cultural emergente. Durante el tránsito por esos tramos ambiguos se plantean actitudes y posturas que parecen tributar a lo que ha sido rebasado ya o que brindan el aspecto, en otras ocasiones, de estar alumbrando el período nuevo. Ahora mismo vivimos un momento histórico de este calibre. El mundo de la riqueza reclama un nuevo liberalismo y habla de la necesidad de un funcionamiento plenamente de mercado a fin de estimular la producción y el desarrollo. Sin embargo parece indiscutible que la rea-

lidad funciona ahora sobre la base de un creciente uso del poder estatal y de una negación de aquellas virtudes que proclamaban la posibilidad de cada cual para unirse al enriquecimiento del tejido social mediante la libre competencia, la posibilidad de conquistar un puesto en la creación social y el triunfo a través de la cultura, la preparación técnica y la dedicación. El liberalismo se fundamentaba en estas virtudes y ejercicios sobre la base de que el ensanchamiento de la riqueza siempre sería en horizontal y mediante la multiplicación de los focos productivos, grandes, pequeños y medianos. Frente a esa doctrina y a esa moral hay dos hechos que no resultan ya seriamente discutibles: que el funcionamiento económico se basa en el crecimiento vertical y la monopolización de los medios y en la asimilación de cuotas de soberanía estatal por parte de unos poderes privados que fijan los precios y los mercados fundamentalmente a través de decisiones políticas. Los últimos keynesianos dijeron que las economías de escala y la libre competencia se habían vuelto excluyentes. Mientras tanto, el Estado ha renunciado a su relativa neutralidad liberal para convertirse en beligerante.

La desaparición creciente del empresariado mediano y pequeño, el secuestro de la opinión pública mediante técnicas de embaucamiento y encandilamiento, el condicionamiento de los medios de comunicación, la reducción de las áreas prósperas tanto territorialmente como funcionalmente, la dogmatización creciente de las virtudes heredadas del Sistema a fin de usar de ellas como negación de la crítica pero no como llave de apertura hacia el futuro, todo ello, en suma, dibuja una sociedad que ya no quiere hablar de liberalismo en sus estratos dirigentes, sino que procede con absoluta dureza en sus propósitos y con una tajante conciencia de que el futuro se juega respecto a muy pocas pero importantes cosas. Quienes dirigen esta sociedad de esferas sublimes y excomuniones multiplicadas han dado en llamarse liberales a fin de proteger su cruel mercancía moral con un pabellón, el del liberalismo, que aún recuerda en los hombres aquella voluntad ética de con-

vertir a cada cual en hijo de sus obras camino de una victoria sólo debido a la voluntad de trabajo, honradez y servicio a la colectividad. El término neoliberal hay que examinarlo a esta luz e interpretarlo, por tanto, como una gran coartada caracterizada por un cinismo hiriente.

Yo no sé si en virtud de sus escasas luces intelectuales o bien movido por la radicalidad que le permite la moral americana el presidente Reagan acaba de decir, significativamente, que el sr. Dukakis es un liberal peligroso. Con ello proclama a ventana abierta que espíritu esencial conduce sus pasos y desnuda a la vez de posibilidades el concepto de neoliberalismo como doctrina de existencia real y adaptable a su línea de gobierno.

Ahora bien ¿por qué ha hecho algo así el presidente Reagan? No parece aceptable que se deba a una torpeza más propia de su conducta, característicamente torpe. Debe uno rechazar esa supuesta evidencia. Como torpeza sería de tal calibre que no parece pueda soslayar la natural vigilancia que personas mínimamente expertas ejercen siempre sobre un presidente de los Estados Unidos. Yo creo que la proclama antiliberal del aún presidente se basa más bien en un proceso de asunción de la verdadera sustancia moral que hoy mueve a Norteamérica. El conservadurismo americano parece ya no necesitar la coartada del neoliberalismo para ejercer su imperialismo ético y económico. Entendamos, parece no necesitar de esa coartada para hablar entre norteamericanos. Y lo que, llegados aquí, cabe decir de Reagan es que el presidente ha decidido, en momento tan solemne como es el caso de unas elecciones, hablar con lenguaje interno a su mundo, lo que supone dos cosas: una inmensa seguridad en su capacidad de dominio sobre el mundo y, consecuentemente, un desprecio elocuente del resto de la humanidad. Al calificar al sr. Dukakis de liberal peligroso el sr. Reagan ha decidido quitarse la careta y expresar, a tumba abierta, su verdadero espíritu ante un país, además, que sabe cuál es su papel real en el concierto universal.

(*) Escritor

Corsica corsa

Ixtorio irekaltzaitz sortu ditu inperialismoak. Eta Korsika «frantsesarena» ez da txikienetakoa.

1736: Korsikak, 8.722 Km2, askatasuna lortu.

1755: Pasquale Paoli korsikar militarri, uharteko Batzarreak aginte osoa eman.

1768: salmenta merkea: 2.000.000 libera ordaindu, eta Paoli deserrira.

1793: Parisko Asanbladak, Paoli «Aberriarekiko traidore» izendatu.

1796: gaztetan korsikar abertzale izandako Napoleone Buonaparte jeneralak, Korsika okupatu.

1987: Korsika frantses kolonia hutsa:

- 150.000 korsikar uhartean bizi, 500.000 Frantziatan;

- 90.000 frantses etorkin uhartean (%40, eta beti gora);

- 1.129.000 turista 1987an (gehienak Uztailcan eta Abuztu);

- lanpostuetan, %70 turisten zerbitzutan;

- korsikar ekonomia, suntsitua, uhartek 15 gehiago inportatzen du, esportatzen duena baino;

- bertako nekazaritza eta industria, sistematikoki erraustuak;

- hizkuntza ofizial bakarra 200 urtez, frantsesa; Bastian eta Ajaccio korsikar hiri nagusiak, erabat frantsesak;

- korsikera, toskaneraren adarra da, eta beronek eman dituen idazleak ez dira makalak: Dante, Petrarca, Boccaccio...

Eta Corti-ko kantaldietan, oihi bakar bat nagusi: «Estatu frantsese, asasin». Baina «la Corse est française»...

1973: 40 sabotaje, 1987: 1.000etik gora. «Les Corses son violents. Ils ne sont pas démocrates»...

Eta korsikar abertzaleak, Frantziako 13 gartzelatan banaturik...

Corti-ko kantaldiak, 1970 inguruan Euskal Herrian antolatzen ziren kantaldi bero haiek gogorazi dizkigu. Herri bat borroka latzean abiatua.

Gora Korsika korsikarra, bihotzez.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Obrar con firmeza

(Joseba Elósegui, senador de EA, «El Diario Vasco», 20-8-88)

(...)demócrata es quien respeta al prójimo, pero también quien le hace respetar. Al respecto es justo destacar la actitud firme y valiente de los municipales de Azpeitia, cuando cargaron contra los gamberros que pretendían reventar las fiestas de San Ignacio; porque en democracia «miremos al mundo» no hay más remedio que disolver por la fuerza a los que no atienden a razones y adoptan métodos de sedición. Ya no valen lamentos posteriores a hechos luctuosos o simplemente lamentables. Es el caso de Urnieta, donde la corporación acordó no ceder el Ayuntamiento para capilla ardiente de un miembro de ETA que se suicidó (sic) en su celda. HB hizo caso omiso y llevó el féretro hasta la sala de sesiones. Al día siguiente el señor alcalde redactó un comunicado de «rechazo y repulsa» que le valió la felicitación de su partido. No creemos que hubiera motivo para ello, pero si era motivo para todo lo contrario: debía haber sido censurado, porque el deber del alcalde es hacer cumplir lo acordado por la corporación, aunque ello le costara una hemorragia nasal... Entonces sí: si comunicado hubiera tenido sentido y sería merecedor de una felicitación. Como es

merecedor el señor alcalde de Donostia, que se opuso a la colocación de las «txoznas» lejos del sitio asignado por la corporación municipal. Al igual que la carga efectuada por los agentes municipales contra un reducido grupo de recalcitantes. Una actitud totalmente democrática, adoptada por una autoridad competente. Pero nunca llueve a gusto de todos. Un concejal donostiarra, que milita en el mismo partido que el alcalde de Urnieta, fuera de sí espetó:... ¿Y esto es democracia?, haciendo referencia a la carga de los municipales. Pues sí, señor concejal, eso también es democracia; porque no basta aprobar democráticamente unos acuerdos; hay que hacerlos cumplir. Y si no entiende tal axioma, con todos los respetos, usted no vale para concejal.

Un serio toque de atención

(José María Flores, «El Correo Español», 20-8-88)

La política económica del Gobierno ha recibido un serio toque de atención con la publicación del IPC del mes de julio. Carlos Solchaga ha basado prácticamente toda su estrategia en la contención de la inflación, por lo que, si está no se consigue, tendría efectos desastrosos para el crecimiento económico y,

por tanto, para el empleo.

(...)
El problema no es tanto que en julio el IPC haya crecido en el 1,3 por ciento -es la tasa más alta desde 1983-, sino que la situación no esté controlada. El pasado mes de julio ya se produjo el primer susto cuando los precios subieron mucho más de lo previsto. Por otra parte, la inflación subyacente -sin el componente de la alimentación- que es la que verdaderamente refleja la situación, se encuentra estabilizada en el 5,4 por ciento desde hace dos años, sin que haya sido posible reducirla.

Todos los indicadores señalan que la inflación no ha sido dominada en nuestro país, porque no se

ha actuado sobre las estructuras. El Gobierno, en este último año, se ha limitado a confiar en las buenas cosechas retrasando el problema. Se han creado unas expectativas inflacionistas que crean, a su vez, más inflación(...)

Una huelga reprochable

(Antonio Papell, «Lid», 19-8-88)

(...)El desmán se hace todavía más hiriente si se piensa que el colectivo que se quiere beneficiar de este movimiento reivindicativo es de menos de un millar de personas, y si se tiene en cuenta que dicho cuerpo está formado por profesionales que ya tienen un nivel de vida

alto, y que han conseguido recientemente sensibles ventajas merced a otras medidas de fuerza que están en el recuerdo de todos.

Por supuesto, la huelga es un derecho legítimo de los trabajadores. Pero en una democracia, todos lo sabemos, no hay derechos ilimitados: es preciso establecer normativamente equilibrios entre derechos y deberes, de forma que nadie resulte lesionado excesivamente por las exigencias exorbitantes de alguno.

Tal evidencia se hace particularmente sensible en el caso de estos cuerpos de élite minoritarios, que tienen un inmenso poder negociador porque en su mano está la parálisis o el funcionamiento de un servicio público esencial.



«Deia»